

por Dios pidiese á este Señor, fuese por la gracia divina cual él le pintaba, mas bien que seguir representándole diverso de lo que era.

El heresiarca, que aun no se declaraba abiertamente, pasaba todavía por ortodoxo entre la multitud seducida con estas artificiosas espresiones, y mucho mas por su manera de proponer el error en forma de cuestion, estratagemas concertada entre él y sus discípulos, en especial con su amigo Celestio. El mismo artificio habia usado ya en sus comentarios sobre las Epístolas de San Pablo; pero la Providencia presentó pronto una ocasion brillante para quitar la máscara á la impostura.

Cuando Demetriades, de la ilustre casa de los Anicios, huyendo del furor de los godos, que como ya hemos dicho desolaban la Italia, se retiró al Africa con sus parientes, los encomios que de la virginidad oyó á San Agustín hicieron en la ilustre fugitiva tan viva impresion que resolvió abrazarla. Guardó sin embargo sobre el particular el mas profundo silencio: en medio del fausto y de las delicias, rodeada de eunucos y esclavos de ambos sexos que la servian, se acostumbró á la práctica de los ayunos y abstinencias monásticas, vistiéndose tosca y ásperamente, cubierta de cilicio, y durmiendo sobre la dura tierra, ignorando esta vida mortificada casi todos sus domésticos, exceptuando algunas virgenes santas dignas de su confianza. La mayor dificultad consistia en conseguir de su madre Juliana y de su abuela paterna Proba, que aprobasen su designio. Estaba muy distante de pensar que los deseos de estas ilustres romanas, mas distinguidas aun por su Religion que por su nacimiento, estaban de acuerdo con los suyos; y efectivamente, las apariencias eran de lo contrario. Parecia que lo único que ocupaba á estas respetables matronas era el matrimonio de Demetriades; pero si

obraban así era únicamente para preservar de algun funesto accidente el corazón de una jóven de la que no se atrevian á exigir la mas sublime perfeccion. Sin embargo, la ignorancia mútua de lo que pasaba en estas almas generosas, atentas todas y fieles á la guarda y conservacion de la castidad perfecta, guió las cosas de modo que casi iba á verificarse el matrimonio. Ya se habia señalado el dia, y se preparaba el lecho nupcial, y en tanto la tímida Demetriades se hallaba en la mayor zozobra é inquietud. Determinó irrevocablemente en aquella misma noche seguir su designio animada con la memoria y ejemplo de mil virgenes generosas y fuertes; y á la mañana siguiente, abandonando todas sus joyas, brillantes y adornos diarios, y cubierta de un vil y tosco manto se echó á los pies de su abuela, no explicándose mas que con sus lágrimas y gemidos. Grande fué la sorpresa de Proba y de Juliana, que llegó á tiempo que duraba la tierna escena, y no sabian á qué atribuirlo ni qué resolucion tomar; pero cuando supieron á fondo la pureza de las intenciones de Demetriades y su determinacion tan meditada, ensalzaron su piedad abrazándola con ternura y llorando con ella. La alegría fué general en toda la casa al saber una cosa tan digna de interesar á todo buen romano, cuyo heroismo se habia vuelto enteramente en favor de la Religion (1).

Siguieron su ejemplo muchas criadas y amigas de Demetriades: las iglesias de Africa adquirieron con ello mucha gloria y honor, y las de Italia se llenaron de consuelo en la triste situacion en que se hallaban, y hasta el Oriente llegó la fama de este suceso. Nada disminuyeron Proba y Juliana de la dote de su hija, dando á su Esposo celestial, en sus miembros que son los pobres, todo lo que habian destinado para el matri-

(1) Hyer. Epist. 8 ad Demetr.

monio. Por fin, recibió el velo de manos del obispo con la mayor solemnidad (1).

El Pontífice San Inocencio y todos los personajes mas distinguidos por su piedad y elocuencia consagraron en sus escritos la memoria de un suceso tan glorioso á la Religion. Trabajaba á la sazón el santo presbítero Gerónimo su comentario sobre Ezequiel, y aunque le restaba poco para concluirle, suspendió este digno trabajo, conforme á los ruegos que para ello se le hicieron, para reunir en una carta dirigida á Demetriades las obligaciones de una virgen cristiana. No dejó de prevenirla contra los riesgos en materia de fé, como quien sabia que las personas de este rango y fervor, especialmente las mugeres, peligran si el falso celo de los novadores penetra hasta sus moradas. La regla principal que le prescribe en esta ocasion, y á la cual sujeta todas las demas, es profesar invariablemente la fé del Santo Papa Inocencio.

Pelagio, que entonces estaba en la Palestina, con mas deseos que nunca de figurar entre los hombres célebres de su tiempo por su doctrina y piedad, escribió tambien á Demetriades una carta muy estensa, ó por mejor decir, un libro, que este seductor decia haber compuesto á ruegos de la madre de la Santa (2). Aquí principió á esparcir el veneno de su heregia de un modo tan claro y perceptible que no podia justificarse, no obstante haber empleado con las flores de la elocucion todo el refinamiento de la sutileza, del equivoco y de todo el falso adorno de la impostura.

Oigámosle esponer sus sentimientos despues de un exordio de los mas lisongeros y seductores. Siempre que tengo que tratar, dice, de las costumbres y perfeccion cristiana, comienzo presentando á la vista las

fuerzas de la naturaleza para animar á mi auditorio á la práctica del bien. Porque, ¿cómo abrazariamos el camino de la virtud, si no tuviéramos la esperanza de llegar á su término? Este método es tanto mas conveniente, cuanto se trata de formar una persona mas perfecta. Pongamos, pues, por fundamento de la vida espiritual el mismo fondo sobre el que debemos trabajar y las fuerzas de que no se hace uso sino cuando se cree el hombre con ellas. El mejor modo de animar el corazón humano es enseñarle que puede lo que desea: para hacer cumplir todo el bien que está en el poder de la naturaleza, es menester mostrarle que ese bien está efectivamente en su poder. La mejor arenga en el campo de batalla es representar á los combatientes sus fuerzas y las proezas de su valor.

Esta moral era muy contraria á todos los principios de los Padres de la vida espiritual y cristiana, que siempre estriban sobre la desconfianza de sí mismo y el recurso de la gracia, para no escitar la inquietud y el escándalo. Despues que Pelagio dejó caer el velo de su descaro y osadía, nadie dudó de sus designios, ni fueron estos un problema. Para probar el poder de la naturaleza y del libre albedrio, presenta en lo restante de su libro el ejemplo de los filósofos paganos, que sin conocer á Dios, decia, hicieron mil cosas muy agradables á Dios; y el de los Patriarcas, que solo con el socorro de la ley ó sin él, como Job, hicieron admirar las riquezas ocultas de la naturaleza, y mostraron en el heroismo de sus virtudes lo que todos podemos; pero lo que mas esplica la doctrina soberbia de Pelagio es lo que dice á Demetriades despues de muchas máximas escelentes para la conducta de una virgen: «hé aquí, le dice, los motivos grandes de preferiros con justicia á vuestros semejantes. La nobleza y grandeza temporal provienen de la familia y no de la persona, mas tú sola

(1) Hyer. Epist. 8 ad Demetr. c. 4.

(2) Ap. August. Epist. 17. Hieronym. Epist. 10.



puedes adquirirte las riquezas espirituales. Unica eres, pues, en esto y estimable sin comparacion; pues no puede ser sino tuyo y hace parte de tí.» Hé ahí el compendio y la quinta esencia de toda la doctrina pelagiana, que en un principio no se diferenciaba de la doctrina de los estóicos, y destruía como esta toda la virtud de la redencion por Jesucristo. A este modo el mas elocuente de los filósofos habia dicho en medio de Roma idólatra que nadie daba gracias á los dioses de ser hombre de bien ó justo, en el sentido que se puede tomar esta palabra segun ellos; sino que se les daba gracias por las riquezas, por los honores, por la salud, mas no por ser justo, sabio y sóbrio. Pelagio usaba sin embargo la palabra *gracia* en algunos lugares de su carta; pero en su language era un término genérico que significaba únicamente algunos socorros esteriore para la práctica mas fácil de la virtud, tales como la ley antigua, las instrucciones evangélicas, los ejemplos y las lecciones del Salvador.

No pudo San Agustin con toda su moderacion guardar silencio á vista de un proceder tan infame y de tan indignas tramas de parte de los novadores. «Ya es demasiado, dijo predicando algun tiempo despues (1), y no es dable tolerarlos, porque acaban con la paciencia de la Iglesia. Echorabuena que toleremos aun á los que se engañan en materias que aun no están dilucidadas; pero no á los que quieren arruinar los cimientos mismos del cristianismo. Con todo, no les quitemos todos los medios de volver á unirse con nosotros: cuidemos de que no nos llamen hereges y no les demos todavia este nombre aunque lo merezcan.»

Parecia que Pelagio moderaria su conducta de testable; pero no fué así, pues cada dia esparcia sus errores con mas temeridad.

(1) August. *Serm.* 204.

Vertia este sagáz impostor, en cuanto le era posible, su hiel en el seno de las personas mas piadosas, siendo objeto de sus pérfidas palabras la porcion mas preciosa del rebaño de Jesucristo, ó las almas que se consagraban á una perfeccion mas eminente. Despues de sus vanas tentativas con la célebre Demetriades, logró mejor su designio, á lo menos en un principio, con dos jóvenes que eran de una piedad ejemplar. Se llamaban Santiago y Timaso, cuya confianza se captó; y con su raro modo en el arte de seducir consiguió que ambos abandonasen el mundo por la vida monástica y gustasen de sus impías sutilezas. No nos cause esto admiracion: la sencillez y poca experiencia de estos jóvenes les ocultaba el artificio maligno de su seductor, á quien antes bien miraban como un hombre celoso de su perfeccion. El Señor tuvo piedad de su poca experiencia, y les procuró en las luces de Agustin un socorro proporcionado á la grandeza del riesgo en que estaban. La doctrina de este Padre penetró de tal modo sus corazones, y concibieron tanto horror á las opiniones con que se les habia principiado á corromper, que le entregaron un libro de Pelagio intitulado *de la Naturaleza*, que con pretesto de defender la obra del Criador, destruía la gracia del Redentor.

Este heresiarca tenia un talento particular para presentar el error de una manera que pareciese ortodoxo; pero la penetracion de Agustin descubrió la heregia, á pesar del artificio con que el pérfido queria cubrirla. No obstante, conociendo que el pueblo podía dejarse sorprender por falta de penetracion, juzgó necesario correr el velo y mostrar el veneno oculto. Con este objeto compuso su libro *de la Naturaleza y de la Gracia*, dirigiéndole á los dos jóvenes, cuya instruccion se proponia directamente. En esta obra trata á fondo de la corrupcion de la naturaleza por el pecado, y de la nece-

sidad de una gracia medicinal para curarla. «De lo contrario, dice, en vano habria muerto Jesucristo: lo cual es una execrable blasfemia. Asi la naturaleza no está en un estado de integridad ó de salud perfecta: no puede cumplir por sus propias fuerzas con la ley, y mucho menos con la perfeccion de la justicia, ni por consiguiente establecerse en el estado de impecabilidad y esencion de las pasiones que los filósofos estóicos llamaban *apatia*, y que el orgulloso pelagiano, poco diverso del de ellos, sostiene con impudencia.» En esta obra es donde el santo Doctor dice espresamente que cuando se trata del pecado no quiere que se dude ó cuestione acerca de si la Virgen estuvo esenta de él. «Cuando se trata del pecado, dice (1), no hablo de la Virgen.» Despues de haber examinado bajo el reinado de las tres leyes divinas, á saber, la no escrita, la de Moisés y la de Gracia, si hubo hombres sin mancha alguna, concluye por la negativa; y de todo el género humano solo esceptúa á la Madre de Dios por honor al Redentor. El motivo que da y los términos que usa, aumentan mucho y esceden aun lo que en la asercion misma habia propuesto. Este doctor tan reservado, que en ninguna criatura halla título para creerse digna de los favores celestiales, asegura en una obra dogmática, en que no se trataba de hacer el elogio de María, que en virtud de la plenitud de la gracia, que la hizo merecedora de concebir y dar á luz al que es indudablemente sin mancha, triunfó de la tiranía del pecado sin escepcion alguna.

No merecia Pelagio que se usase ya con él de atencion alguna; y con todo, su caritativo adversario aun no le nombra en esta refutacion, evitando por todos los medios posibles exasperar á este miserable, á quien llama amigo para ganarle, y porque le lla-

mó con este nombre tierno el sagaz y astuto antagonista en la carta que le habia escrito tan llena de falsos y fingidos cariños y lisonjas. Le dice con toda la espresion de su alma y de su corazon, que su persona le era siempre querida y estimada, y que su mayor consuelo era ver que aun podia conservar su honor, cuando el interés de la Iglesia no le permitia callar acerca de su doctrina. Pero el resultado convenció al Santo de que no se gana á los orgullosos perdonándoles la humillacion; pues la modestia de Agustin hizo subir de punto la presuncion de Pelagio, que juzgó que sus dulzuras caritativas eran efecto del temor. A pesar de esto, leyendo la obra que le refutaba, no se sintió con fuerzas para responder; y como no se hacia mencion de él, se contentó con responder que entre las obras que le criticaban, unas no eran suyas, y otras se las habian arrebatado y dado á luz sin su consentimiento antes que las corrigiese.

En Oriente observó San Gerónimo el mismo reservado comportamiento que el obispo de Hipona. En su Epístola á Ctesifonte, que le habia consultado sobre estas novedades harto acreditadas ya entre los orientales, las refuta con la vehemencia y erudicion que le eran propias, pero sin nombrar á los gefes de la secta; atribuye su primer origen á los filósofos pitagóricos y estóicos que se arrogaban orgullosamente el poder, no solo de reprimir, sino de extinguir radicalmente las pasiones. A los sectarios les acusa de haber renovado este error, cuyo tipo eran los origenistas y discípulos de Joviniano, y aun tomando las cosas de mas lejos, los maniqueos, que eximian de todo pecado á los que decian ser sus escogidos ó perfectos. Despues, para satisfacer á las instancias de los fieles celosos, compuso un diálogo entre un católico y un pelagiano, en el que, y sea dicho de paso, vemos que los eclesiásticos lle-

(1) August. *de Natur. et Grat. cap.* 36.



vaban vestiduras blancas en la celebracion del santo sacrificio; y cumpliendo su promesa refuta aqui con mas estension que antes los errores de Pelagio acerca de la impecabilidad y fuerzas del libre albedrío (1). Se vale de los mismos medios que San Agustin, á quien cita con una estimacion y sencillez capaces sin duda de hacer creer que entonces no abrigaba el menor resentimiento ni agravio aparente en su interior, con que parecia tratarle en otro tiempo. Lejos de esto, dice que el santo y elocuente obispo apuró el asunto; «de modo, añade, que yo no me hallo ya con gusto para emprender un trabajo en que solo se pueden hacer vanas repeticiones. Si quisiera presentar razones nuevas, serian débiles, porque ese aventajado ingenio profundizó y espuso las mejores.» Al escribir esto el docto y santo solitario, tenia ochenta y siete años y se acercaba al término en que los mismos Santos examinan su conducta con mas escrupulosidad. No habla tan honrosamente del Concilio que se celebró en Dióspolis en Palestina á fines de este año de 415. Sin embargo, los Padres de este Concilio no estaban inficionados con la doctrina de los novadores, desechada en él sinceramente, aunque es cierto que se absolvió á Pelagio y permaneció en la comunión eclesiástica, porque condenó verbalmente sus máximas. A mas de la dificultad de penetrar el sentido verdadero de sus continuos equívocos, siendo griegos ó sirios todos los Padres de Dióspolis, no entendieron bastante el extracto latino de sus obras presentado por sus acusadores; y estando estos ausentes, dió sin oposicion las esplicaciones que le favorecian (2).

Estos eran dos obispos de la Galia, Heros de Arlés y Lázaro de Aix, que estaban

(1) Hieronym. lib. 1 ad tit. 75.

(2) August. de gest. Pelag.

espulsados de sus Sillas. Habla muy mal de ellos el Papa Zósimo, pero San Agustin los presenta siempre como hombres buenos; y San Próspero al decirnos que Heros fué discípulo de San Martin, le presenta como varon venerable por su santidad.

Estos tan diversos juicios hacen mas difícil este punto; sin embargo, parece que se pueden conciliar, atendiendo á la variedad de tiempos y negocios en que se tomaron parte uno y otro obispo. Dicese que Heros habia usurpado la silla de Arlés, protegido por el tirano Constantino sublevado contra el emperador Honorio; y Lázaro condenado como calumniador en un Concilio de Turin, subió á la silla de Aix por la debilidad de Próculo de Marsella, que parece no tuvo valor para oponerse á la voluntad del mismo tirano. Unos hombres que habian llegado de este modo al obispado, no podian ciertamente merecer el amor ni la confianza del primer Pastor que tiene el cuidado de todas las iglesias: mas esto no impide que el que sabe sacar bien del mal, los emplease útilmente contra las novedades heréticas. Cuando alejados de las Galias, donde eran extranjeros, y refugiados en la Palestina hicieron olvidar sus primeros defectos por su celo contra los pelagianos, San Próspero y San Agustin, prevenidos en favor de todos los que combatian al pelagianismo, pudieron muy bien formar y dar una idea mas ventajosa de estos dos obispos.

Mas sea lo que fuere del fondo de sus corazones y de la rectitud de sus intenciones, lo cual y aquí especialmente conviene dejar al juicio de Dios, no pudieron acudir al Concilio el dia señalado, porque uno de ellos se halló enfermo de peligro. No sucedió así con el heresiarca que compareció al punto; y se cree que Juan, obispo de Jerusalem, de quien se sospecha que fué su fautor, precipitó la apertura. Lleváronse las deliberaciones con tanta mayor rapidez,

cuanto que el presidente de la junta tenia ya en sus manos la delacion ó memoria escrita, en donde se habian recogido los errores diseminados en los libros de Pelagio y de algunos de sus discipulos, con los artículos particulares que habian dado margen á la condenacion de Celestio en el Concilio de Cartago. Parece que el principal intento de los Padres de Dióspolis, fué el exámen de la acusacion intentada por Heros y Lázaro. Formaban el Concilio catorce obispos de las sillas circunvecinas. Juan de Jerusalem y Eulogio, que se juzga fué metropolitano de la Palestina ú obispo de Cesarea, y fué el que presidió, eran los mas notables.

El astuto Pelagio, queriendo prevenir desde luego los ánimos á su favor, se vanaglorió de tener amistad con los mas dignos prelados: enseñó sus cartas y aun algunas de San Agustin, quien efectivamente le habia mostrado estimacion y benevolencia, cuando esperaba todavia atraerle al camino de la verdad (1). Leídas que fueron las acusaciones, no entendiendo los jueces el idioma latino, mandaron que se esplicase un intérprete. Pelagio que poseia las dos lenguas, se esplicó por sí mismo en griego.

Lo primero que se examinó fué su opinion respecto á la impecabilidad y ciencia de la ley. Sin negar formalmente un punto de que fácilmente le hubieran convencido, convino en que él le habia asentado, pero no como sus acusadores lo entendian. «Jamás opiné, dice, que el que tiene la ciencia de la ley no pueda pecar, sino que es ayudado por la ciencia de la ley para no pecar, segun está escrito en Isaías: *les ha dado el socorro de la ley.*» El Concilio declaró sobre esto que lo que habia dicho Pelagio no era contrario á la doctrina de la Iglesia, y mandó pasar á otro artículo. Leyóse

(1) August. de gest. Pelag. c. 25 et Epist. 146.

pues lo que el heresiarca habia escrito por el propio tiempo, que todos los hombres en la observancia de la ley son guiados por su propia voluntad. «Yo me esplicué así, dijo, á causa del libre albedrío. Dios ayuda á preferir el bien; y el hombre que peca, comete falta, porque tiene libre albedrío.» Tampoco se halló en esto cosa contraria á la doctrina católica, y así se prosiguió la lectura. Lo que habia sentado, de que el dia del juicio no perdonaria Dios á los pecadores, era muy reprehensible en el sentido del sectario que hablaba generalmente de todos los pecadores, sin exceptuar los que hubiesen borrado sus pecados en virtud de por los méritos del Redentor: así reducía á casi nada el beneficio de la redencion. Pero como aún no habia allí nadie que le instase é hiciese descubrir su pensamiento, satisfizo citando el pasage del Evangelio, donde se dice: *que los pecadores irán á los suplicios eternos.* A vista de esto los obispos se persuadieron que procedia de buena fé; y para mas convencerlos de que no pretendia otra cosa que sostener la eternidad de las penas del infierno, acusó á sus adversarios, á imitacion de todos los gefes de partido, de la heregía contraria á la suya, y los trató injuriosamente de origenistas. Sobre otra proposicion, en la que con pretexto de prometer el reino de los cielos á los fieles del Antiguo Testamento igualaba el mérito de la ley antigua al de la nueva, acusó de maniqueísmo á sus contrarios. «En cuanto á mí, dijo, no desprecio el primer Testamento, ni me avergüenzo de haber dicho en el sentido del Profeta Daniel, que los Santos serán admitidos al reino del Señor.»

Por lo tocante á su famosa asercion, de que el hombre, si queria, podia vivir sin pecado, y sobre otras muchas proposiciones tan propias á destruir todos los cimientos de la humildad y piedad cristiana, contestó: «dige que el hombre podia vivir sin